

**Antonio Pereira**

## **SOBRE EL CUENTO, EN VERINES**

En mi pueblo nos gusta contar y que nos cuenten. Prisciliano, que de camelar con historias sabía lo suyo, escribió sobre sí mismo: "no conviene gloriarse (...), sin embargo, no fuimos llamados al siglo en un lugar tan desconocido..." Pero el inquietante personaje se calla el lugar. Yo sí nombraré el sitio donde nací y espabilé, se llama Villafranca del Bierzo.

Allí somos gente dada a inventar y escuchar fábulas que no creemos, pero que hacemos como que las creemos.

Es un juego viejo como el mundo. Un antepasado nuestro de Atapuerca y ya estoy fabulando -- regresa de la caza a su hábitat y le relata a su socia o a sus compadres cómo le fueron las cosas, y eso es información, pero el atapuerquense lo adorna y exagera como siempre hacen los cazadores, aquellos receptores aceptan al emisor, y eso es el cuento. Los cantos de sirena que comprometían a Ulises eran cuentos, lo que las encantadoras le proponen al héroe es que escuche el relato de las fatigas de argivos y teucros y cuanto ocurre en la fértil tierra, que ellas lo saben todo por voluntad de los dioses.

¿Y el pobre san Antonio, el eremita de la Tebaida, presa de las visiones lascivas? En el atormentado cuento de Flaubert se le aparece al santo la reina de Saba, le acaricia la barba, lo pone caliente con sus promesas, y no es tentación menor la de que ella puede contarle un montón de historias divertidas

Pues bien, compañeros y amigos aquí estamos para hablar del cuento. De teorías, servidor sabe poco. Demasiado tiempo he sido un narrador inocente, y no quisiera ahora ser un narrador resabiado. En mi último libro, una selección personal de relatos, pongo un prólogo donde ensayo un decálogo para cuentistas, a sabiendas de que podrá decirse: Este quiere imitar a Horacio Quiroga.

Desde que leí las prescripciones del uruguayo, estoy en contra de su primer mandamiento. Es el que dice, con evidente riesgo para el aconsejado: "Cree en un maestro -- Poe, Maupassant, Kipling, Chejov -- como en Dios mismo."

Pero hombre, ¿cómo vas a seguir el camino de nadie, por rutilante que sea, si el patrimonio del cuentista está en ser tú mismo, en contar con una voz personal? Un cuento es la ficción de una voz. Cuando yo escribo: «Pocas veces he tratado de cerca a una rusa, pero una vez, en Moscú, tuve una relación tan íntima que no he llegado a

olvidarla» mi gusto sería que el lector percibiese la voz de un hombre con barba, y con acento del noroeste de la península, y llamado Antonio.

Un desiderátum excesivo, debo admitirlo; me conformaré con que ese supuesto destinatario separe mi voz de entre todas las voces y se deje cautivar por ella. Dicho en concepto de Coleridge: que acceda, por mi palabra, a la suspensión momentánea de la incredulidad, en ese pacto tácito que es esencia de la poesía y de la ficción.

Tampoco estoy de acuerdo (pero aquí mi disidencia debe matizarse) con lo quiroguiano de "Toma los personajes de la mano y llévalos firmemente hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que le trazaste, no te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver." Es bien cierto que por culpa de distracciones y digresiones se arruinan muchos cuentos y cuentistas. Pero hay desvíos que si se hacen con tiento, sin olvidar el punto de destino, pueden servir para resaltar e iluminar la vía principal.

Mejor que yo lo hago ahora, lo mostraba Cunqueiro en algunas tramoyas de su Merlín y familia: "Éstas -- dijo el señor Elimas -- son las tres primeras historias, y acostumbro contarlas la primera noche en la posada. Claro que las decora un poco, saco las señas de la gente, pongo que estaba presente un tal que era cojo, o que casara de segundas con una mujer sorda que tenía capital, o que tenía un pleito por unas aguas.

Y el cuentista genial que fuera don Álvaro el de Mondoñedo, resume y define: "Las «historias, como las mujeres y los guisados, precisan de adobo." Ahí está el quid, en cualquier rodeo se quede en adobo para beneficio del palto fuerte.

Y vuelvo al prologuillo que dije. En mi muestra de recetas, siempre discutibles, lo que sitúo por delante es que el cuentista debe tener una historia que contar, y que sin esto, nada. Acaso suene a perogrullada, pero hay que saber una buena historia para intentar un buen cuento. Y hay que profundizar en ella, conjurar el peligro de que se quede en anécdota. El escritor conocido como escritor de cuentos sabe -- y sufre -- una experiencia muy repetida. En una reunión familiar, o de amigos, o incluso de escritores (lo cual se comprende peor), sale a relucir un sucedido chocante y de pronto se escucha la invitación, e incluso el apremio: "Ahí tienes, Fulano, un cuento estupendo, esto tienes que escribirlo y verás qué cuento te sale."

Quienes lo dicen, tienen su parte de razón. El lance que ha saltado a la conversación, vale. Pero al cuentista así invitado, así apremiado, la idea sólo le servirá si le produce una vibración, una conmoción (no sé explicarme mejor), una señal reveladora de que allí puede germinar un cuento suyo.

El cuidar el comienzo del cuento y entrar rápido en el tema, figura también entre mis convicciones. En el empuce de «La caída de la casa Usher», Poe se pone algo cargante: "Un pesado, sombrío, sordo día otoñal; las nubes agobiosamente bajas

en el cielo, un terreno singularmente lóbrego, con las sombras de la tarde cayendo sobre la mansión melancólica..." En tres líneas, una docena de palabras de la misma cuerda semántica: pesado, sombrío, sordo, otoñal, nubes bajas, agobiosamente, lóbrego, sombras, la tarde, cayendo, melancólica..." Es verdad que La casa Usher granará en un regalo inolvidable para el lector, verdad también que Poe quiere empujar al lector hacia una sima irrespirable y habrá elegido como arma la reiteración. Que el bostoniano de sus lectores, a mí, que lo soy con devoción, pero sin fanatismo, me parece la hipótesis menos grata.

El grado de información que se le deba dar al lector es un problema recurrente en mi experiencia. Saber si te quedas corto, con lo que el cuento no funciona, o si te excedes y el cuento pierde esa apelación a la participación lectorial que es médula del género. Podría aportar ejemplos de esas dudas a lo largo de mi propia obra, pero es muy llamativo el caso de Carver, que aparece descaradamente al comparar El baño, de su colectánea De qué hablamos cuando hablamos de amor, y Parece una tontería, inserto en Catedral. En el primero, hay unos padres que con mucha ilusión encargan la confección de un gran pastel para el cumpleaños para su hijo Scotty el niño sufre un accidente antes de la fiesta, está unos días en coma hasta morir, el pastelero del encargo se impacienta aquellos padres están viviendo en el hospital una situación de tensión y ansiedad insoportable y la madre accede a llegarse a casa para darse un baño, siempre pendiente de las noticias que llegan del hospital. Cuando la mujer acaba de entrar en su casa, suena el teléfono

«-- ¿La señora Weis? -- preguntó una voz de hombre.

«-- Sí -- contestó ella -- Soy la señora Weis. ¿Se trata de Scotty?

«-- Scotty --dijo la voz --. Se trata de Scotty -- siguió la voz --. Tiene que ver con Scotty, sí. »

Es un final magnífico. Es un cuento excelente. Un lector fino de cuentos, y no digamos un escritor de cuentos, no necesita saber más sobre el desenlace de la historia, porque previamente ha percibido señales, guiños, él sabe de quién es la llamada que recibe la madre angustiada y anhelante.

Pero es muy arriesgado que tu cuento lo entiendan únicamente los lectores finos y los colegas, debió de pensar el minimalista de Oregón, y así volvió a escribir la misma historia pero con más páginas en las que todo se explica, en la que todo queda claro. Un cuento echado a perder.

En el tiempo limitado de mi intervención quisiera hacer un mínimo hueco a una característica del cuento: al lector hay que mantenerlo en disposición expectante. Que sienta, durante la lectura, que algo va a ocurrir, y además, por la propia brevedad del género, que algo va a ocurrir muy pronto. Esta tensión puede existir en la novela, pero con treguas. El cuento no permite relajamientos. Hay un

dicho popular en Chile: "El que parpadea, pierde." Así en la vida como en el cuento, digo yo para terminar.

Antonio Pereira